

José García Nieto



Miembro de la Real Academia Española

Premio Cervantes 1996

Premio Nacional de Literatura 1951 y 1957

Antología

Selección poética de 1940 a 1991

Selección María Teresa García-Nieto

VÍSPERA HACIA TI

Doblaban en el viento las banderas
de todos los adioses que esperabas.
Caían copos blancos de chilabas
por una despedida de palmeras.

Dormida en las arenas de tu cuna
quedó una huella de tus pies perdidos.
Se levantaban ecos escondidos
en las ciudades de color de luna.

Marcó el mar entre espumas tu partida;
iba por una brisa la arrogancia
de tu mirada limpia hacia otra vida.

Se suicidaron, lejos, muy pequeñas,
cerca del horizonte de tu infancia,
dos nubes de blanquísimas cigüeñas.

POESÍA

No sé si soy así, ni si me llamo
así como me llaman diariamente;
sé que de amor me lleno dulcemente
y en voz a borbotones me derramo.

Lluvia sin ocasión, huerto sin amo
donde el fruto se cae sobradamente
y donde miel y tierra, juntamente,
suben a mi garganta, tramo a tramo.

Suben y ya no sé donde coincide
mi angustia con mi júbilo, ordenando
esta razón sonora y sucesiva.

Y estoy condecorado, aunque lo olvide,
por un antiguo nombre en que cantando
voy a mi soledad definitiva.

DESPEDIDA

Vuelvo a mi casa , más alta
que la tuya, Luisa Esteban,
pero sin una ventana
que de al atrio de la iglesia.
- ¡Adiós, adiós! -

Y no oyes,
Luisa Esteban.

No levantarás el cántaro,
por mí, de su cantarera,
con el agua del aljibe,
sonora, delgada y fresca.
En tu cama de altos hierros
no dormiré más la siesta.
Ni en tus sábanas de hilo,
Luisa Esteban.

Porque a mí me llevan - mira,
tú que no oyes, mi pena -
amores de otras ciudades
hasta otra calle cualquiera
que no es ésta con un toro
descansando ante tu puerta.

HE VENIDO A LA TIERRA HOY...

He venido a la tierra hoy - nueve de septiembre -
buscándote en la puerta de este otoño vacío.
Nadie sabe que tengo menos años que nunca
y que sólo conozco tu contorno inmediato.

He venido a la tierra, arrancado de un sueño
donde hacía contigo los lagos y las frutas,
donde la tela tersa de todas las mañanas
buscaba enamorados dardos de nuestros dedos.

Y tú no estás o vives fuera de mi costumbre.
Lejanías te roban, te someten; te cercan
litorales ajenos a mi fácil llegada.

He perdido mi viaje, mi pulso y mi camino,
y encuentro ahora en todo lo que te amó y amaste
el ala y la mirada de tu paso de estrella.

CANCIÓN DE AMOR
DESDE LEJOS

Toledo en mi corazón
y en mi soledad tus ojos
¿memoria de qué, mi amor?

¿Memoria de qué batalla,
ganada en qué dura almena,
levantada en qué mañana?

Madrugador el castillo
dormido el río en la vega,
y tú, soñando conmigo.

Para decirte, mi amor,
dónde empiezan mis caminos,
a Toledo he de volver
con tus ojos por testigo.

PRIMAVERA DE UN HOMBRE
(Primer recuerdo de Soria)

Por Soria está ya la sierra pura
enseñando su azul entre la nieve,
y entre el bajo pinar el cielo breve
tendrá otro azul: aquel de mi ventura.

Sala de la niñez, fresca hermosura
que abril a levantar en mí se atreve;
aire de ayer que al pecho de hoy conmueve,
gota de luz entre mi sangre oscura.

Cómo volver los ojos, hacia dónde,
si a este grito de Dios nadie responde,
del Dios niño que todo lo podía.

A Soria llegará la primavera.
Siempre hay tiempo de amor para el que espera:
¡Señor, di que no es tarde todavía!

A UN ESPEJO DONDE SE VA A MIRAR
UNA NIÑA FEA

¡Cuidado! No, no sigas. Huye, ciega
tu pupila feroz. ¿No ves que ahora
todo se romperá y habrá una aurora
más triste que esta noche en que se anega?

Vuélvete y niega sus mejillas, niega
sus cabellos sin brillo, y elabora
un rostro milagroso en esta hora
en que todo el misterio se te entrega.

Creen tus duendes claros la belleza,
cierren su luminosa fortaleza
a ese trigal oscuro y desgranado.

Haz rojo el labio y finge blanco el seno,
y abre una nueva estrella sobre el cieno
donde, se asome el ángel que ha soñado.

GRACIAS, SEÑOR...

Gracias, Señor, porque estás
todavía en mi palabra;
porque debajo de todos
mis puentes pasan tus aguas.

Piedra te doy, labios duros,
pobre tierra acumulada,
que tus luminosas lenguas
incesantemente aclaran.

Te miro; me miro. Hablo;
te oigo. Busco; me aguardas.

Me vas gastando, gastando.
Con tanto amor me adelgazas
que no siento que a la muerte
me acercas...

Y sueño...

Y pasas...

LA PARTIDA

Contigo mano a mano. Y no retiro
la postura, Señor. Jugamos fuerte.
Empeñada partida en que la muerte
será baza final. Apuesto. Miro

tus cartas, y me ganas siempre. Tiro
las más. Das de nuevo. Quiero hacerte
trampas. Y no es posible. Clara suerte
tienes, contrario en el que tanto admiro.

Pierdo mucho, Señor. Y apenas queda
tiempo para el desquite. Haz Tú que pueda
igualar todavía. Si mi parte

no basta ya por pobre y mal jugada,
si de tanto caudal no queda nada,
ámame más, Señor, para ganarte.

ELEGÍA EN COVALEDA

|

Después de muchos años, he venido
hasta el propio rincón donde te haces
tierra sin descansar. Nunca hay descanso
para el cuerpo que cae.

Avanza, ahonda, se destruye, pasa
ríos oscuros, cauces,
horas de lucha inextinguible, guerras
sin ruido, horribles vecindades;
se mueve, si, se deshabita, y deja
fundirse, penetrarse...

He llegado hasta aquí después de muchos
años de andar, y puedo ahora mirarte
frente a frente, de hombre
a hombre. ¿Me ves...? No hay nadie
entre los dos; ni el viento
que apenas roza, ni el dolor que casi
se siente porque viene de otro tiempo
o es tiempo mismo ya.

Te miro, padre,
de hombre a hombre, de muerte
a muerte; sí, de carne a carne.
Porque es igual que tú seas la tierra
de hoy o yo esa tierra ya esperándome
-somos como una caña que en el agua
se quiebra al espejarse,
como dos campanadas sucesivas
de la hora de un linaje:
tú, alejando en la noche tu sonido,
yo, detrás y acercándome-,
porque el cuerpo que se alza todavía
va a durar un instante
de pie; tú me lo dices de hombre a hombre,
de muerto a muerto ya, de sangre a sangre.
Está fresco el pinar de Covaleda
en la mañana grave;
Urbión cuida celoso de su nieve;
unos caballos pacen;
un niño canta, un niño
canta, un niño que pasa canta... ¿ Nace
la vida? ¿ Empieza todo ?
(Todo sigue, Dios mío entre las márgenes
doradas, bajo el agua que madruga,
sobre la luz temprana de los árboles.
Pero aquí está mi muerto, aquí mi árbol

tendido ayer: el hacha es implacable).
Te estoy contando... ¿Oyes...?
Soy el desconocido; ya sé. Sabes,
también tú, que soy otro: el extranjero
en esta tierra, tuya de guardarte;
el hijo pródigo que vuelve
cansado, y no hay quién calce
sus sandalias, y no hay quien sacrifique
el becerro mejor... No; nadie sale
a mi encuentro. Tú casa no es mi casa.
Aún menos que tuviste tienes hoy para darme.
("Iré a mi padre y le diré..."
"Y el padre, levantándose...")
Pero ¿que idioma hablo?. Si me escuchas
¿ a qué te suena mi lenguaje...?
Hoy que tengo los años que tenías,
los que has tenido para siempre, padre,
me pregunto cómo hice ya el camino
que en ti me parecía interminable.
Un hombre soy, y te lo digo ahora,
como aquel que tú un día completaste.
Y de hombre a hombre -¿oyes?- frente a frente
te estoy mirando y en ti estoy mirándome...
Canta un niño a lo lejos, canta un niño
que pasa, canta un niño dulcemente distante.

EL PARQUE PEQUEÑO

IV

Todo parece igual que ayer,
que aquel día oscuro y primero
que vine aquí y encontré sólo
la tosca sequedad del suelo.
No veía en la caja el lado
sin cubrir: tu lugar, tu hueco.
Los hombres no vemos la trampa
por donde llegas. La sabemos
vagamente, la sospechamos,
y un día...

Las voces, los juegos
de los niños fueron, despacio,
dando sentido al patio, fueron
dando totalidad al aire,
suficiencia a la tierra. El centro
del mundo, de su mundo, era
éste. ¿ Y lo es ?, pregunto, pienso...
Los niños inventan, recrean,
fingen y truecan, y hacen cierto
lo imposible, y lo entregan siempre:
dan al sueño lo que es del sueño.
Sabían volver lanzas las cañas,
duendes las sombras de los dedos,
caballos las sillas inmóviles,
trenes sus sucesivos cuerpos.
Apenas hablan y ya tienen
la bautismal gracia en el verbo,
la lengua de un poblado suyo,
de un paraíso extraño el eco.
Nadie les dijo; lo nombraron
un día porque eran sus dueños,
porque en sus labios cada cosa
empezaba a nacer de nuevo,
porque Tú les favorecías
desde un lejanísimo empeño,
porque eran como tus acólitos
ayudando a tu ministerio.
Nadie sabe como empezaron
a llamarle el Parque Pequeño.
Desde entonces, todos decimos
como dicen, como dijeron.
Con la palabra fue más dulce
la vecindad, más blando el suelo.
Y, al solo nombre pronunciado

y repetido - ¡ábrete, sésamo! -,
fueron más claras las paredes,
más buscado y amable el cerco,
más entendida la pobreza,
el tributo sentido menos...
Una mañana, a los tejados,
a las hojas del árbol fresco,
por ese lado de la caja,
Señor, eternamente abierto,
se acercaron, multiplicándose,
los grises gorriones domésticos.
Para vosotros, hijos míos,
este fue el diálogo del vuelo.
Y ¿ es suficiente? Es suficiente;
hoy lo sé bien, hoy lo compruebo,
cuando nos traen sonando el día,
cuando se acercan respondiendo
a la mano que siembra el pan,
cuando cobijan su silencio
bajo las tejas con la lluvia,
cuando bajan de los aleros
hasta el manjar disputadísimo,
voraces, tímidos, inquietos...



No se dejan coger. No quieren,
hijo mío. Huyen arriba
cuando te acercas, cuando intentas
afirmar tu planta indecisa
para hacer frente a su desvío
como protesta de la huída.
Después te tomo de la mano
y caminas, oh Dios, caminas
sin que yo sepa quien provoca
nuestros pasos y quién nos guía.
Se pierde tu mano en mi mano
como un racimo entre las viñas,
como otro pájaro en un nido
de torpe carne entretejida.
Vamos juntos y no podemos
hablarnos. La palabra mía
no tiene paso hacia tu mundo
no tiene formas que te sirvan.
Yo llevo un mar dentro del pecho;
tú, una fuente clara y purísima;
a mí me puebla un cieno oscuro
de torvos peces que se abisman;
en ti la arena se remansa,
a ti las aves te transitan.

Suéltame, déjame en el lodo,
tú que la luz me comunicas,
tú que has hecho buena mi sangre,
nueva mi imagen y distinta.
Suéltame, suéltame, libérate.
¿No sientes la antorcha encendida
de mi brazo, que la laguna
de tu mano apenas mitiga?
¿no escuchas esta alta tormenta,
que en mi corazón se cobija?
¿no entiendes la desesperanza
que desde mis ojos te mira,
regresada de tanta muerte,
de tanto amor, tanta mentira,
de lo que ya no es ni recuerdo
de lo que no te dejó noticia?
¿No sientes miedo de mi ayuda
que apenas es esa cohibida
vigilancia del labrador
por el agosto de la espiga,
sin poder convocar la lluvia,
ni pararla, ni repartirla...?
La mano aprieta su puñado
¿por qué? ¿qué defiende? ¿qué cuida?
Crece, jugoso, dentro, el fruto;
fuera, la cáscara se obstina;
hierva y golpee el vino joven
las paredes de la vasija.
Como el perro que trae la caza
en los dientes y no lastima
la pieza, así los dedos hacen
uno el rigor y la caricia.
Caminamos por esta caja
ya tan andada, tan medida;
tú no sabiendo que hay distancia,
yo creyendo que no es precisa.
Tiras de mí. Vuelven los pájaros.
¿Es suficiente? ¿No serían
mas gratas otras alas? ¿otro
vuelo mejor? Mi hastío olvida
que hay otras aves, otras cosas
que un día fueron causas mías.
Espera...¿dónde vas? No estamos
ya solos -yo sí; aunque tu orilla
toque el clamor sordo del mar
y acerque su arena finísima-;
sé que no estamos solos, aunque
seas tú la soledad mía.

Hay un río, hay un bosque. Todo
se vuelve claro. Me conducen
por una orilla verde. Toco
la hierba. Soy un niño triste.
El Duero pasa. Hay un remoto
sonar, cantar. Lejos, la nieve.
Todo es perfecto ante los ojos:
los bueyes lentos en la tarde,
el campesino y el rastrojo,
el leñador y la resina,
el pez, el águila y el corzo.
A mi me llevan...¿ No es ahora?
¿No soy el niño temeroso
de la tormenta, el mismo niño
de aquel llanto, de aquel asombro
ante el dolor, ante la muerte?
¿Y aquella mano que de pronto
desde la rama la soltaron
contra la tierra, sin retorno
posible...? El pueblo se encendía
con el sol. El camino de oro
llevaba a la fiesta, a la caza,
llevaba a la inquietud, al ocio,
llevaba a la ciudad, llevaba
a la vida de cualquier modo;
Pero la mano, aquella mano;
su dureza, su testimonio,
su vecindad y su cuidado,
su abrigo justo, su acomodo
¿dónde están? ¿dónde estás? ¿o eres
la misma mano que ahora toco?
¿Soy yo la guarda o lo guardado?
¿doy o recibo el patrimonio?
¿te llevo o tú me llevas, hijo?
Estos árboles del otoño
¿son aquellos bajo el Urbión?
¿No sale este patio del fondo
de aquel pinar de Covaleda?
¿no están en él aquellos chopos...?
Ven, hijo mío, padre mío.
Triste es el tiempo, pero hermoso.

TODAVÍA EN SILENCIO

Te han nacido los ojos con preguntas,
y sin cesar me asedias preguntando.
Y yo sin contestar... Hija ¿hasta cuando
mudos tú y yo: dos ignorancias juntas?

¿Hasta cuándo en silencio irán las yuntas
de tu asombro y mi amor; de mí, temblando,
y de ti, poco a poco, asegurando
música sin palabras...? Sé que apuntas,

en brotes de miradas, rosas rojas
que un día se harán voz contra mi pecho
y tendré con la voz que responderte.

Se turbará mi otoño entre tus hojas,
y las mías serán un vasto lecho
donde al hundir tu pie suene mi muerte.

DEDICATORIA

A mi hijo

Esto que tienes ante ti,
hijo mío, es España.
no podría decirte –y no puedo,
al menos con palabras-
cómo es su cuerpo duro,
cómo es su cara trágica,
cómo su azul cintura, extensamente
humedecida y agitada.
Su pecho, recio y de varón, respira
por las altas montañas;
la suave curvatura del regazo,
femenina se ensancha
hasta la soledad de las arenas
múltiples y doradas;
los brazos de sus ríos acumulan
venas que acercan las gargantas
oscuras o los verdes valles,
arrancando la tierra, acariciándola.

Esto que tienes, que tenemos
ahora mismo, es España.
Es mía porque puedo
celosamente amarla,
tocar su piel y estremecerme,
mirarme en ella fijo, cara a cara,
sentirme antiguo, envejecer con ella,
o nuevo cada día y estrenarla.
Es tuya porque puedo
con pasión entregártela,
porque me la he ganado sin fronteras;
sin tener que acotarla,
la he traído a mi voz cuando he querido,
como a una oveja que paciente aguarda
el silbo del pastor.

No hay quien le ponga
puertas, y yo te invito a traspasarlas.
Mira; aprende a mirar con ella, aprende
a acompañarte de ella, acompañándola.
Tierra de andar y comprobar despacio,
huidiza de tan delgada,
difícilmente bella de tan sobria,
fina y calladamente regalada;
tierra para escuchar como una música,
para no echársela a la espalda.
Cuando puedas, lo digo desde ahora,
lo escribo desde ahora, por si falta

un día en tus oídos
la fe de mi palabra,
cuando puedas, y tengas el pie firme,
y claro el corazón, y abierta el alma,
sal al camino, cíñete la ropa,
hijo mío, y ándala.

El sol se pone para todos. Mira;
ahora lo está ocultando el Guadarrama;
el cielo es como un ópalo, como una
precipitación nacarada;
quedan azules, negras, las tranquilas
honduras de estas navas
que encienden sucesivamente
el racimo esperado de sus casas.
Arriba, las estrellas aparecen
“sin prisas y sin pausas”;
se pierden, numerosos, los senderos
y en la penumbra se unen las montañas.
Gigantesca, se espuma “La Peñota”;
suave, “El Montón de Trigo” se destaca;
afila “Siete Picos” en la sombra
su aguda dentellada;
quiebra “La Maliciosa” bruscamente
su plomiza atalaya,
y allí, en su cascarón de ávida nieve,
se hunde Navacerrada.

Esto que ves, que tienes, que te entrego,
hijo mío, es España.
Digo y escribo, y puede más su nombre
que la mano y la voz. Es como un agua
que desborda este vaso de mi verso
donde quiero encerrarla.
Bebe, hijo mío, bebe; el trago es tuyo,
tuya es la herencia, tuya la privanza.
Sobradamente te dará en los días
su variedad multiplicada.
Tú podrás elegir, como el que hunde
sus manos en el cofre que guardara
un tesoro en el tiempo acumulado,
la joya deseada.

Deja un día a tus ojos que se pierdan
en la redonda vega de Granada;
junto al silencio de sus torres rojas,
oye las fuentes de la Alhambra;
mira Toledo enamorando al Tajo,
el fresco prado hacia la mar cantábrica,
el cielo por los arcos de Segovia,

Ávila en su quietud amurallada,
Sevilla entre jazmines una noche,
Burgos de piedra donde el Cid cabalga,
Cádiz como una nieve mar adentro,
balcón de Tarragona, luz de Málaga,
cúpulas de la nave aragonesa,
orillas de la Huelva aventurada,
minera Asturias con el verde cuello,
Córdoba entre arcangélica y romántica,
Alicante con palmas hacia oriente,
Valladolid con la oración tallada,
coronado León entre los puertos,
Zamora altiva, Huesca pirenaica,
Galicia que la mano de Dios hizo,
rosa sillar nacida en Salamanca,
campos para la flor de Extremadura
donde la encina sin cesar batalla,
Madrid desde el palacio a la pradera,
Barcelona de las Atarazanas,
Valencia de las puertas y los puentes,
Álava señorial, Cuenca encantada,
Bilbao de hierro, Soria junto al frío,
Jaén del olivar, Murcia hortelana,
lejanísimas islas de fortuna,
islas de claridad mediterránea...

¿Ves, hijo mío? El vaso se desborda;
deja a tus labios apurar la gracia.
Esta es mi herencia; puedes hacer uso
de ella y proclamarla.
Lo que te doy en buena hora
que en buena hora lo repartas.

INVIERNO EN ZOCODOVER

No amar a nadie en esta tarde fría,
no amar a nadie, y de ternura
llenarlo todo, todo de amargura
por esta sed de amante todavía.

Plaza de mi niñez vieja y vacía,
donde mi triste corazón perdura,
como esa rama sensitiva y pura
que amenaza el invierno en su porfía.

No amar de amor a nadie. Y mirar cielos,
árboles y ventanas, techos, suelos,
donde el amor, amor, te sujetabas,

donde toda esperanza hallaba nombre.
No amar, y que en la tarde no se asombre
nadie... Zocodover, tú me mirabas.

ORACIÓN POR LEOPOLDO PANERO
EN LA ERMITA DEL CRISTO DE GRACIA

Busco tu compañía en esta ermita
donde he entrado a rezar por ti, tocado
de soledad, herido y asombrado
por todo lo que un golpe precipita.

Y tú no estás. ¿O no era aquí la cita?
Estoy solo. Pasaba. Me han llamado.
Y era tu voz; la voz del desterrado
que en el desierto del poema grita.

Torre de hombría, paz andante, lumbre
cautiva, acostumbrada pesadumbre:
¡cuánto valor sin sitio y tan aparte !

Rezo sin entender...¿Cómo podía
haber sido...? En la Cruz, Él me decía
que lo mejor estaba de su parte.

DIOS EN LA TARDE

Como cuando era niño, Dios parece
que es el sol que enrojece ahora la tapia
y que extiende su aliento hacia nosotros
y que temblamos en su vaharada.

Si pudiera poner en esta tarde
mi corazón tendido a la ventana,
y pudiera apresar ese sol último
hasta que entre mi sangre se quedara.

Plátanos que alargáis la sombra amiga,
elegida prisión de mi jornada,
patio de soledad con Dios caído,
abatido clavel, bandera arriada.

Si pudiera decirme de una vez
y no volviera a hablar, y Tú me hablaras
sólo una vez también; ¡ay, labio mudo,
beso sin acercar, fuente sin agua!

Dios vecino de mí, desconocido,
vacío que en mi culpa se amuralla;
busco en la tierra el grano y picoteo
contra la piedra y la desesperanza.

Yo tuve un día el trigo y lo conozco,
y la gota del vino rojo... Estabas
como en mi soledad estás ahora
y con mi soledad me desamparas.

Si pudiera dejar el alma mía
"entre las azucenas olvidada",
y ella olvidara el tiempo y la memoria,
y Tú en mi corazón me recobraras...

SÓLO UNA FRUTA

Mis hijos son pequeños todavía.
Diariamente en la mesa,
llega la hora de la fruta,
y tengo que pelar una manzana
o una naranja.
Yo tengo prisa por terminar de comer.
Para mí la mesa suele ser una obligación
no demasiado grata.
Pienso que pierdo el tiempo
pelando esta manzana que miro silencioso.
Pero tomo el cuchillo y enseguida mi oficio
cobra una dimensión de no sé que importancia.
(Me acuerdo de aquel jefe que tuve
hace ya muchos años.
Era muy alto, y me parecía
menos hostil que otros.
Allá arriba, en las sienes, le brillaba
el blanco cabello inicial
como a ciertos actores de cine
de tópica atracción entre muchachas
aún adolescentes.
Tenía yo entonces poco mas de veinte años.
Y él hablaba así - mientras yo escuchaba -
con otros compañeros:
" Yo creo que el hogar
es sentarse a la mesa diariamente
y pelar fruta para cuatro"...
Otro día se murió;
sí, joven todavía.
Y cuando me dijeron que había muerto
yo solamente pensé en la mesa enorme de su casa,
sola con unos cuantos frutos
esperando aquel ademán cotidiano
y un débil malhumor que ya no volvería.)
Ahora, todos los días tomo el cuchillo, y tengo
que pelar la manzana o la naranja.
Me molesta, me aburre.
Siento que pierdo el tiempo,
que debo levantarme de la mesa
para hacer algo que creo más importante.
Pero me acuerdo de aquel hombre,
y cojo el cuchillo,
como agarrándome a la vida
que tengo todavía
entre estos niños y junto a estas frutas.

CINCO HOMENAJES A RUBÉN DARÍO

YA NO TENGO MIEDO

*"Yo, silencioso, en un rincón
tenía miedo"*
R.D.

No; ya no tengo miedo.
De noche,
algunas noches
hace mucho tiempo,
con miedo dentro de los ojos
y entre las manos encontradas solas,
y en los labios,
sin la oración de pronto,
sin el beso todavía,
creía ver vacíos gigantes
que avanzaban
y pasaban hundiéndome.
Y estar solo era peor
que temblar bajo la planta
de los que llegaban.
Era hace mucho tiempo;
quiero decir, ayer por la mañana,
no hoy por la tarde
en que, acaso,
se acaba mi jornada de hombre.
Entrar en la tempestad,
en el concierto,
acogerse a sagrado en la mano
del padre, mirar a la cintura
de la madre,
aún esbelta, caminar
daba miedo;
aunque era todo tan hermoso
en la propiedad de los otros
que pretender un pedazo
de actividad, de compañía,
era temeridad o sueño.
¿Con qué,
de qué armas echar mano,
cómo incorporarse a la fila
sin que se notara, escandalosa,
mi bisoña amargura,
mi incapacidad de llegar
a aquella marca mínima,
para tocar
el puesto ambicionado?

Fuera, las arboledas,
aunque sangrantes, pobladas,
florecidas, cerraban celosas
los innumerables caminos
al abridor inerme.
Era mejor quedarse sin entrar;
no pedir, no empezar nunca
a disputar,
a desalmarse amando;
era mejor quedarse allí
donde el vacilante susurro
de una preparada hojarasca,
tendida como cuna,
proporcionaba un poco de música
al tímido desamparado.
Pero ya no tengo miedo.
Aunque he salido, no tengo miedo;
aunque estoy en plena corriente,
con mi balsa medio hundida, y brillante
lúcida y desarticulada
por el furor del oleaje,
casi tocando el bajo fondo
de la arena sin nombre,
no tengo miedo,
o no tengo sentido del peligro
- sí, Dios mío, sí tengo -,
o la desesperanza
-¡qué extraño! - me sostiene.
He salido;
había que salir
y darle cara a esto
que llamamos luz;
había que encontrarse con el día
solemne de los tributarios,
de los procesionales,
y de los disciplinantes.
Y aquí estoy en el centro
con la palabra en los labios
como una flor mordida con descuido,
o como el portor en el trapecio
que sabe que de sus dientes
puede pender la vida
de alguien.
No; no es soberbia;
tú me lo has enseñado,
tú que humilde o poderoso,
no sé,
has vencido después de tener miedo,
has dado confianza a los hombres
en este destierro inaudito.

No tengo miedo, porque basta
una palabra para andar,
para rezar,
para unirse a Dios
o a los siervos;
una sola palabra pronunciada
con fe
ahuyenta la soledad
en el cuarto oscuro del niño,
en el cuarto oscuro del hombre,
en el cuarto oscuro del mundo.

FACULTAD DE VOLVER

La ciudad se termina junto a un río sin sueño
baja, con su costumbre de muchacha de campo,
a mirarse en el agua, a dejar que en el agua
desemboquen los ríos más chicos de sus brazos.
La ciudad aún se olvida de su actual estatura
en estos terraplenes donde el tibio regazo
de la arena conserva restos, muertes, memorias,
últimas iniciales, vestigios despreciados;
la ciudad está hundida de amor en su cintura
y ama serenamente lo que ha sido ya amado.
Aquí el furor parece que ha mellado sus armas,
aquí el tiempo se puebla de enmudecidos cantos,
se creería posible ver el suelo cubierto
con la arboleda innúmera de los frutos vedados.
No suena el agua, calla su desnudez doncella;
se va buscando un poco de ternura, buscando
los ojos de los puentes, las redes de los juncos,
la caña abanderada, la sed de los caballos...
Mas todo lo que huye deja un rastro de fuego,
deja cuellos heridos, cabellos enredados;
lo que se va nos deja silencios que ensordecen
nuestro sosiego un día sorprendido y lejano.
Pasa el agua tremante, desvelada, sonámbula
va gozando una orilla donde no brillan astros,
donde sólo los cuerpos se besan con los cuerpos
donde casi se acercan las riberas, los labios.
Sí, todo lo que huye, como un dios elegido,
nos mira y se eterniza en todo lo mirado.
Se va el agua y nos deja la ciudad en lo hondo,
¡oh, pozo de Toledo, con Toledo manando!
Aquí estás. Tu caída nos arrastra contigo;
tu grito sin respuesta nos encuentra gritando
una tarde entre formas de silencio entre ramas
voladoras y unánimes de un gigantesco árbol.
Somos sólo una orilla; una orilla el quebrado
calor de los almendros, con el oculto timbre
de la cigarra -¿dónde la oí primero, cuándo...? -.

Estoy en la atalaya del Miradero; miro
cómo se acerca el río, tan quieto en sus meandros,
cómo piden ternura las torres de Galiana,
cómo eleva su pecho de oro San Servando...
Llegan ya los infantes de mi infancia; la pierna
desnuda entre los musgos; el pie hundiéndose blando
en el limo rojizo donde la hierba toca

las finas espadañas y el surco prolongado.
Bajo una clara urdimbre de nubes ligerísimas,
hacia Sanfont se tienden mis ojos, alanceando
los novillos del agua, que aceptarán sin queja
el yugo inevitable de los puentes romanos.
Alcántara en sus hombres jóvenes lleva al día,
y a trechos enrojece los pliegues de su manto;
San Martín que galopa bajo los cigarrales,
repartirá su capa de sombra lado a lado...

Ciudad, que en tus barandas me ves solo y atento,
que ni siquiera piedra soy desde mis estragos,
nada puedo ofrecerte que no sean palabras,
ciegas palabras...

Madre, llévame de la mano

RUINAS DE UN CAFÉ

Me acompañáis ahora ante esta puerta
deshecha, hojas con lluvia enternecida,
vientre de una pared, cal percibida
por una reja rosa, malva, muerta.

Yace mi juventud en la desierta
cueva. ¿Quién habla dentro? -"¡Vida! ¡vida!"-
se oye gritar. La mano que no olvida,
al ver su soledad se desconcierta.

Hay escombros con luna; son jazmines
que le roban su luz a los jardines
y traen el cuello aquél, aquella frente.

Aquí estuvo el amor; otra vez puro,
- "¡Vida! ¡vida !"-, dirá desde lo oscuro,
y otra vez matará al adolescente.

LA PALOMA EQUIVOCADA

A Rafael Alberti.

Norte, sur, este, oeste... Una paloma
de otra torre venida, desnortada,
de balcón a balcón - tibia nevada -
lenta se esconde, tímida se asoma.

" No todos los caminos van a Roma",
piensa ya la paloma equivocada.
El poeta lo sabe. (¡Casi nada
sabe el poeta ya del daca y toma!).

Pero a la nieve nadie la sujeta;
libre se cree, desde el tejado al plinto,
como si fueran sus caminos diarios.

Y esto no lo sabrá nunca el poeta
ni la paloma ni su laberinto,
sino mi corazón y sus contrarios.

LA SOLEDAD DE UN ROSTRO

(Con versos de Luis Cernuda)

*Todo está igual, aunque una sombra sea
de lo que fue hace siglos, mas sin gente.*

Como contigo, un alba me rodea;
como a tu lado, oscura está mi frente.

Por otro cuerpo vas, por una idea
que trae su agudo rayo de repente,
y todo lo enriquece y lo verdea
al viento matinal, junto a la fuente.

Voy a tocar el agua, como un ciego
que sigue el muro del ayer, y luego
al ver mi rostro de hoy, hundido y triste,

cierro los ojos sobre el tiempo mío
para dejar tan solo en el vacío
brillar más puro el resplandor que fuiste.

LOS CRISTALES FINGIDOS

Aquellos lejanísimos cristales
¿se han roto, oh Dios, o se han oscurecido?
Entre sombras camina el que ha perdido
del cielo azul las únicas señales.

Ayer de mis más altas catedrales;
ayer del corazón y su sentido;
ayer de un sueño hermoso y compartido,
con Él siempre asomado a los vitrales,

¿qué fue del hombre, qué de aquel sustento
tan traído y llevado por el viento
con cada día de la primavera....?

¿O nada era verdad ? Oscuro, oscuro,
golpeó el ciego impenetrable muro.
No era la luz, pero el cristal si era.

ESTAS MANOS

Estas manos que tienen aún memoria,
que alojan la pasión y han provocado
un bosque, un fuego, un viento arrebatado
¿que son sino temblor, cárcel y escoria...?

Una tierra adelantan, una orilla
del arrabal, del terraplén oscuro;
arañan azucenas en un muro
de cal donde se asoma ya la arcilla.

Estas manos que alzaron la belleza,
que hicieron del amor su fortaleza
y eran la eternidad de un tiempo breve,

torpes, y abandonadas, y distantes,
pasan sobre la nieve, como antes,
y ahora saben del frío de la nieve.

||

En la tarea fuiste Tú el primero
y me dijiste: "Mira, este es el hombre".
Me diste la pasión y con su nombre
la posibilidad del alfarero.

Imagen era tuya y semejanza
de Ti mismo. Creé como creaste;
tomé del mismo barro que tomaste
y alcé una criatura a la esperanza.

Hace ya mucho tiempo. ¿Merecía
la pena hacerse dios de cualquier modo
para acabar en estos sueños vanos?

¡Qué hermoso fue crear cuando creía!
En mis manos estuvo el amor todo
y todo se me ha ido de las manos.

LA MUERTE

*"¡Vámonos, muchachos! Lleven mi equipaje
a bordo de la fragata"
(Palabras del Libertador antes de morir).*

Sublevada la sangre en los volcanes
extintos de las venas, " No -decías-;
el lecho, no ". Las cuerdas preferías:
temblor de mar y vuelo de alcotanes.

Se quebraban en flor tantos afanes
tantos triunfos de tantas rebeldías,
tantos desmesurados mediodías...
Fuera, la sombra de los capitanes.

"Vámonos ya; que lleven mi equipaje
a bordo..." Y no. Bastaba para el viaje
la mano del Señor, ya tan cercana.

Atrás, sí; la fragata que fletaste,
veinte velas que al viento desplegaste,
veinte nombres de tierra americana.

EN LA TUMBA DE KEATS

Cementerio de protestantes

"Aquí yace Adonais. Su nombre
estaba
escrito
sobre el agua".
Ni una flor, ni un poema,
ni una oración hablada...
Yo te traería
una muchacha
que he visto
esta mañana.
Se cubría con un sombrero
de paja
rodeado por una cinta
encarnada.
Tenía los brazos redondos
y la piel muy blanca;
parecía una columna cubierta
de telas agitadas;
era un enigma
para mí;
una catacumba cerrada,
una remota noticia del amor,
el mismo amor recuperando sus alas.
Se movían sus hombros, sus caderas,
porque sonaban
las cuerdas melancólicas
de una guitarra.
Ella no sabía
que estaba
al lado de la que fue
tu casa...
Te la traería ahora
para
que
pasara
un momento
junto a esta lápida
y
rozara
tu frío con la tibieza
de su falda.
Te prometo
que iré a buscarla.
Es posible que ella se asuste
-"los viejos y Susana" -

como una corza
sobresaltada,
o que acaso me siga, vagarosa
como un pálido fantasma.
Estará como siempre,
eternamente sentada
en la *barbaccia*
de la
Plaza
de
España.
Indiferente
y descuidada,
no se sabe un misterio
ni una rosa que estalla;
no sabe que es una evidencia de vida
indeleble y arrebatada,
como tú eres el verso que no borrará nunca
la arena de ninguna playa...
" Sonríe el blando cielo, el leve viento
susurra, dulce: Es Adonais que llama "
Adonais, Adonais,
reja trenzada,
laberinto que a sí mismo
se engaña, súbita revelación
enterrada,
verso que en lo oscuro se tiende,
urna de oro sacra,
y en esa urna, ceniza
delicada.
Aquí yaces entre silencios,
mudo ya como una campana
descendida
de su espadaña
que un día volteó entre las cigüeñas
de nieve amanecida y desplegada.
Corazón sorprendido en un sueño,
labios en el barro y garganta
implacablemente segada.
¿Qué haces entre otros muerto ?,
¿ cómo respondes a quién te llama... ?
La pirámide Cestio
señala
un cielo gris, ahora
con una nube malva.
He pasado la puerta de San Pablo,
cerca de la muralla.
El monte Testacio
se elevaba
sobre los vasos rotos

y los restos de las ánforas.
Minerales brazos,
asas,
cuellos, bocas hundidas,
acalladas,
que nunca tuvieron
el don de la palabra...
El cementerio de los Protestantes
es como una bandera verde y blanca
- hierba tierna y sol húmedo
entre las lagartijas rápidas -.
Nadie en la tarde
me acompaña.
Hay que aprender a estar solo y muerto
definitivamente hasta
el final de los siglos de los siglos.
(Y aquí mismo, la aljaba
de amor tuvo sus flechas
preparadas,
aquí donde la vida todavía
es una imitación de la esperanza).
Hay que morir de cualquier manera
cada mañana...
Ella estará allí todavía,
sentada,
dejándose mirar como
si tú la miraras;
allí, quieta y ausente
como una sirena anclada;
sin pensar
en nada,
inexpugnable y hermosa,
y caiga
el que
caiga;
dejando su mano
abandonada
para que sus dedos sean
acariciados por el agua
que intenta copiar
tu ventana
en la
barbaccia
de la
Plaza
de
España.

GALIANA

*"Si tú me dices que es posible subir al cielo
digo que sí y que sé donde está la escalera"*

EL COLLAR DE LA PALOMA

¿Quién es el vencedor?, ¿quién el vencido?
En el amor no vence nadie. El hombre
no vence en el amor. El amor vence
sin nadie, sobre nadie. Es el olvido
quien pisa su coraza luminosa
un día, y luego sombra, y luego nada...
Yo no fui el vencedor. De aquel Toledo
no queda nada ya, ni de aquel niño.
El barro aquél, la tarde aquella, el tiempo
no eran verdad. La niña rubia, arriba,
no era verdad. Yo soy la leyenda
que permanece en la penumbra, y duda.
Y nadie sabe. Y no existió Galiana,
ni el oro enfrente o la muchacha en brazos
de los balcones. Y la mano escribe
sobre otra mano pálida y distante
que se perdió en la turbiedad del río...
Aquí está aquella Puerta de Bisagra,
y el dintel, y los arcos de herradura,
la fila de troneras, las almenas
donde el azul se vuelve gris y plomo;
el Cristo de la Luz, las califales
cúpulas diferentes; la mezquita
de El Salvador, la piedra y el ladrillo;
las Tornerías y los Baños árabes;
los saledizos rojos de Santiago
del Arrabal, el Cristo de la Vega
y el cementerio musulmán; las aves
negras en el campo de oro del Corral
de Don Diego, sus muros esmerados;
las filigranas de las yeserías
con el nombre de Alá multiplicándose.
Y Galiana, y su ruina, y su memoria...
Pero te busco y tú no estás, Galiana.
Nunca fuiste. Ni yo soy. Ni mi triunfo
sirvió de nada.

Dicen que vencido
fue mi rival, y que tu mano dulce
fue el premio de mi audacia y de mi robo,
y de mi guerra y de mi duelo. Es cierto.
Es cierto: de mi duelo, sí, del duende
que me persigue, de la queja insomne
que corre, peregrina, por el río

y entristece a Toledo y lo rodea.
Eso sí permanece: la escritura
en el oído atento, el alarido
inacabable, prolongado, el fondo
de Dios que el amor tiene, y esas manos
tendidas hacia el agua que extremadas
fueron su gozosa regalía.
A veces la palabra es el silencio,
la maldición, la calma sobre el bosque;
y la huida en el mar encadenado,
y el vaso, la mortal forma de agua.
No alcanza ya el amor quien ha tenido
el amor, y al amor aquel se vuelven
los amarillos besos, y los labios
con memoria amarilla en su marchita
rosa amarilla que la edad deshace...
¿Te llamabas Galiana? ¿ Se llamaba
Galiana aquella dama que corría
entre las clases por el sol del patio
y rompía las cuevas de Toledo
y abría el trigo por los cobertizos?
¿Quién es el vencedor? Y me pregunto,
el vencido ¿ quién es? ¿ Tú, que en la noche
gritas por el amor que yo he olvidado?
¿Tú, olvido mismo, que te enseñoreas
en esta soledad abandonada
que yo he buscado a espaldas de los dioses?
¿O esos hombros que esquivan la belleza
a esa otra mano a la que pertenecen?
(Sobre el hombro derecho se leía:
“Estoy hecha por Dios para la gloria”)
Ya no se va tu santo al cielo; el río
espera inútilmente aquellos peces
rojos, precipitados, del verano:
espera al niño que endulzó la tierra
con su propio sabor. Y su albedrío
bastaba a la esperanza y al deseo.
¿O soy yo el vencedor? Los vencedores
apiñan sus trofeos, sudorosos.
No duermen. Les desvelan los laureles.
Miran en torno y están solos. Lloran
con las manos vacías de victoria,
con el hastío en las mejillas pálidas.
Los vencedores, los supervivientes,
en su torre de luz encarcelados
muestran las indelebles cicatrices
del arma moribunda, del acero
del contrario, que brilla en la alta luna
desde los ojos de su calavera.
Abren el memorial de los desastres,

las atalayas que mantiene el viento
y las arboladuras sobre el casco
del barco, destrozadas y solemnes.
Pero los señalados aún insisten:
aman sobre el amor de una mortaja
y otra mortaja. Los resucitados,
frenéticos, son muertos y lo saben.
La mano inconcebible de la nieve,
la mano diminuta del rocío,
la mano paulatina de la lluvia,
y el trueno con su voz indescifrable,
y el beso del relámpago, furtivo,
y del sol extremado, extenuante,
y el de la estrella más allá del éxtasis...
Todos son signos del amor, Galiana,
sobre el osario de los torreones,
todo labios mojados, resbaladas
gotas que la deshecha piedra absorbe.
Ya no sé dónde estaba la escalera;
no hay apoyo en la tierra ni en el cielo
para llegar a ese peldaño último
donde un cuerpo de luz y otro de sombra
inventan la armonía estremeciéndose.
Un desterrado es el amante, y tierra
la lejana mentira de su patria.
El vencedor se mira y no conoce
el barro aquel, la tarde aquella, el niño
aquel, la piel espléndida y dorada
y el sufriente silencio esperanzado.
Amar después fue comprobar el hueco
de un pozo, y un abismo, y una soga
en el cuello viviente y estrechado.
Pudo más el vencido en su agonía;
murió de amor diciéndolo, gritándolo,
y el grito permanece sobre el tiempo.
Es verdad la leyenda, y es mentira
la sucesión amante de las noches
y el canto repetido del que ama.
Es verdad la leyenda, el alarido
de un dios que desafía a Dios quejándose.
Sube el grito a las calles de Toledo;
vuelve a bajar al río y nunca cesa.
Ahora se acerca, navegado y cómplice,
vengador y rehén y testimonio.
El perdedor es un adelantado
de su propio final.

Y yo soy otro.

Soy el vencido, el que termina amando
la soledad de todos los silencios.
Las aves humilladas son más altas

que nunca, se tropiezan, se deshacen,
se arrastran como dioses que regresan.
Y aquella voz, Galiana, que es el río,
la ronca voz del río interminable,
está sonando en mí y entre los besos
que no me pertenecen y me envuelven.
Choca en el arrecife de los astros,
desprendidos de las constelaciones,
El mascarón de proa es tu desnudo.
(La voz de la paloma en el bosque
repite su canción de rama en rama).
En las cuadernas suenan nuestros huesos.
Mis olas te acarician sobre el mar.
Galiana, amor, Galianas mías, mías,
y de la muerte ya por vencedoras.

CARTA A LA MADRE

¡Cuánto amor hay debajo de la tierra!
Te escribo, madre mía
mirando al aterido
desnudo del crepúsculo,
en una tarde en la que ya no estás
ni puedes apoyarte en mi costumbre,
cuando unas nubes tenues, sin destino,
pretenden aliviar inútilmente,
con un destello de color lejano
el dolor de este cielo que me sigue
o me precede, perro fidelísimo.
He arrojado muy lejos mi memoria,
y él vuelve jadeante,
sin nada entre los dientes
agresivos y blancos;
otras veces el perro del recuerdo
se queda atrás, y vuelvo la cabeza
y no hay nadie esperándome
¿Nadie ha vivido nunca en estos ojos...?
"Todavía mi queja
es una rebelión;
su mano pesa sobre mi gemido".
Tú , ¿dónde estás? No sales a tu hora.
Estrella mía, aliento
cristalizado, barro ilustre, piedra
hacia tu destrucción inevitable;
moneda de oro atesorado y mío
ennegrecido y ciego, fría escoria
y desembocadura
de un río caudaloso
que no va a retornar hacia sus fuentes.
Te escribo desde un árbol y una rama
y en un paisaje donde estabas quieta
como una hoja perenne,
sin estación, ni nieve, ni cellisca,
ni vendaval. Estabas. Y eso es todo.
Te escribo y sé que escribo
para que no me leas;
las cartas - ya lo sabes -
son del que las escribe.
Y llora el propietario de esta carta
en la desoladora
tristeza de su verso;
el avaro de amor , lleno de espanto,
golpea muros, puertas y ventanas
ante la oscuridad del cuarto oscuro.
Mientras escribo, madre,

con cuidado, tú puedes asomarte
- aunque yo sé que nunca oiré tus pasos -
por detrás de mi hombro
para que en mí te veas prolongada
con palabras tardías y sangrantes
debajo de los astros veladores.
¿Quién va a medir mi tiempo desde ahora,
la huida levantada de los pájaros,
la inexorable perdición del sueño,
la carcoma que activa los relojes?
Porque tú eras el aire y su finísima
trama, como el arroyo en un discurso
que, cuando menos fuerza lleva, y pasa,
deja ver los diamantes de su fondo.
Si te acercas, asómate con tiento,
camina de puntillas por si acaso;
que no te vea caminar, lo mismo
que no te vi morir ayer -"ven muerte
tan escondida"- y lee un poco si puedes,
si te dejan tus ojos y separas
un momento la tierra que los cubre.
Habían ya perdido su exquisita
ventana azul y la certera espada
que llegaba a mi pecho sin herirme.

EL RELOJ DE ARENA

Mis palabras se van como esta arena
por el paso sin luz de la garganta
que estrecha su caudal y que decanta
las horas, los silencios, la condena...

Las cuentas interiores de la pena
no le dejan espacios al que canta,
y hay un cristal que fija y abrillanta
y vuelve a unir lo que desencadena;

eslabones del alma fría, roja,
midiendo por instantes la congoja
para desembocar en lo sabido.

Se colmaba en lo alto con la vida
y ahora cae sin cesar, lenta y suicida,
en el pozo insondable del olvido.

SONETO A MADRID

Centro de España, corazón, latido
de fecundas y unánimes orillas
almena singular de las Castillas,
faro de luz, señero y repartido,

eres un libro abierto y ofrecido
- siete estrellas, setenta maravillas -;
sabe bien a qué altura creces, brillas,
quien con amor a diario te ha leído.

Corte con tu lección de cortesía,
tesoro de tu sol a mediodía,
y en los ocasos con tus oros viejos...

Madrid, no rompeolas, atalaya,
ciudad para vivir donde las haya
y evocación de un sueño si estás lejos.

INDICE

De Víspera hacia ti, Madrid, Gráfica Administrativa, en 1940.

1. *Víspera hacia ti*

De Poesía, Retrato del autor por Rafael Pena. Madrid, Ediciones de la Revista "Garcilaso", en 1944.

2. *Poesía*

De Versos de un Huésped de Luisa Esteban, Madrid, Ediciones de la Revista "Garcilaso", en 1944.

3. *Despedida*

De Tú y yo sobre la tierra, Barcelona, (Entregas de Poesía), Núm.10, octubre de 1944.

4. *He venido a la tierra hoy...*

De Toledo, Madrid, Ediciones de la Revista (Fantasía), Núm.3, en 1945.

5. *Canción de amor desde lejos*

De Del campo y soledad, Madrid, Ediciones Rialp, (Colección Adonais, Núm. XXV). Comprende también *Versos de un huésped de Luisa Esteban*, págs. 55 a 71, en 1946.

6. *Primavera de un hombre (Primer recuerdo de Soria)*

De Juego de los doce espejos, Santander, Colección Hordino, en 1951.

7. *A un espejo donde se va a mirar una niña*

Tregua, (Premio Nacional de Literatura "Garcilaso" 1951). Viñeta de Estruga. Madrid. Tipográficas Martínez Chumillas, en 1951.

8. *Gracias Señor...*

La red, (Premio "Fastenrath" de la Real Academia Española en 1955). Madrid, Editorial Agora, en 1955. Segunda edición: 1956.

9. *La Partida*

Elegía en Covalada, Madrid, Ediciones Punta Europa, Cuaderno IV de Poesía, en 1959.

10. Elegía en Covaleda

El parque pequeño, Madrid, Ediciones Punta Europa, en 1959.

11. El parque pequeño

Sonetos por mi hija, Madrid, Edición no venal, Viñeta de Molina Sánchez.

12. Todavía en silencio

Geografía es amor, (Premio Nacional de Literatura en 1957). Madrid, Gráficas Oscar, Colección (Palabra y Tiempo), Vol. I, en 1961. Nueva edición aumentada. Madrid. Editorial Kaliope, 1969.

13. Dedicatoria

Corpus Christi y seis sonetos, Toledo. Impr. Gómez Menor, Biblioteca Toledo, Vol. 8, en 1962.

14. Invierno en Zocodover

Circunstancia de la muerte, Sevilla, (La Muestra), en 1963.

15. Oración por Leopoldo Panero en la Ermita del Cristo de Gracia

La hora undécima, Madrid. Gráficas Oscar, Colección (Palabra y Tiempo), Núm. XIV, en 1963.

16. Dios en la tarde

Memorias y compromisos, Madrid, Editora Nacional. (Colección "Poesía"). En 1966.

17. Sólo una fruta

Hablando sólo, (Premio de Poesía Castellana "Ciudad de Barcelona". 1967. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica. Segunda edición aumentada, 1971 Colección (La encina y el mar), Núm. 41, en 1968.

18. Cinco homenajes a Rubén Darío. Ya no tengo miedo.

Facultad de volver, En Toledo, Madrid, Palma de Mallorca, Papeles de Son Armadans, Núm. CLXXV, en 1970.

19. Facultad de volver

Taller de arte menor y cincuenta sonetos, Madrid, Editorial Doncel, Colección (Libro joven de bolsillo), en 1973.

20. Ruinas de un café

Sonetos y revelaciones de Madrid, (Premio "Francisco de Quevedo" del Ayuntamiento de Madrid 1974). Madrid, Ediciones del Ayuntamiento de Madrid, en 1976.

21. La paloma equivocada

Súplica por la paz del mundo y otros "collages", (Premio "Boscán" del Instituto de Cultura Hispánica, 1973) Barcelona, Instituto Catalán de Cultura Hispánica, en 1977.

22. La soledad de un rostro (Con versos de Luis Cernuda)

Los cristales fingidos, (Premio "Ángaro de Poesía") Sevilla. Editorial Católica Española. Colección de Poesía (Angaro), Año X, Núm. 63, en 1978.

23. Los cristales fingidos

El arrabal, (Premio Internacional de Poesía Religiosa "San Lesmes Abad" en 1979). Burgos, Monte Carmelo (Viñeta: Oscar Estruga), en 1980.

24. Estas manos

Sonetos españoles a Bolívar, Caracas. Liminar de B.V.E. Prólogo por Mario Briceño Peroso. Editorial Arte,(Biblioteca Venezolana Ediviagro), Núm. 3, en 1983.

!

25. La muerte

Piedra y cielo de Roma, Introducción de Camilo José Cela. Madrid, Espasa-Calpe, Seleccionales Austral, Núm.123, en 1984.

26. En la tumba de Keats

Galiana, (Premio de Poesía "Ibn Zaydun"). Madrid, Palabra previa de Jesús Riosalido. Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Colección de Poesía (Ibn Zaydun), Núm. 8, en 1986.

27. Galiana

Carta a la madre, (Premio Mundial "Fernando Rielo" de Poesía Mística). Madrid. Preliminar de Pere Gimferrer. Epílogo de Pureza Canelo. Ediciones (Caballo Griego para la poesía), Colección (Pentesilea), Núm. 10, en 1988.

28. Carta a la madre

Mar viviente, Edición no venal. Madrid. Editorial Naval, en1989.

29. *El reloj de arena*

Soneto a Madrid, del libro *Madrid: Historia. Arte. Vida.* 1991, pág. 19.

30. *Soneto a Madrid*

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser es distribuida por Palabra Virtual con la autorización de María Teresa García-Nieto, hija del autor.



A ntología de poesía hispanoamericana
<http://palabravirtual.com>